

vorito del rey, que deseaba vengarse de su caída. Entre ellos se hallaba también el príncipe heredero, el Delfín Luis, irritado de que se le hubiese excluido del gobierno, enemigo feroz de los consejeros del rey su padre porque pertenecían a la clase media, sediento de poder, de carácter aleroso, y desde pequeño maestro en el arte de disimular y de fingir. Los conspiradores trataron de ganar a su partido a Felipe de Borgoña; pero éste, que había casado a su hijo Carlos, conde de Charolais, con Catalina, hija de Carlos VII, y cu-

yos intereses estaban por lo mismo enlazados con los del rey, no quiso oír hablar de la conspiración, la cual por lo demás indignó a todo el país, que le dió el nombre de *praguerie* por alusión a las desgracias que iba a causar a semejanza de los nobles husitas de Praga en Bohemia. El rey por su parte procedió con energía inusitada: hizo derribar los castillos de los conspiradores y confiscó sus bienes, perdonando a los que voluntariamente se sometieron, y sofocó la sublevación antes de que hubiese tenido tiempo de estallar con toda su



Asalto de un castillo.

Dos torres exteriores desguarnecidas son escaladas, mientras el ataque principal, que los sitiados no ven, se verifica por un pasaje subterráneo.

En el arte del sitio en la Edad media era de gran importancia minar las murallas.

Miniatura del manuscrito Froissart, de la biblioteca municipal de Breslau.

fuerza. El príncipe heredero se reconcilió con su padre, el cual desde entonces le hizo vigilar de cerca.

Este fué el fin de la reacción feudal, y la Francia entró en la época de las monarquías modernas. Así lo probó con su actitud en la contienda entre Eugenio IV y el concilio de Basilea, es decir, con su neutralidad y la pragmática-sanción de Bourges del año 1438, actitud que facilitó en gran manera la transición de la Edad media a la moderna en Francia, conforme se demostró muy especialmente en la marcha de la guerra nacional contra los ingleses.

Bajo la dirección de Carlos VII, en otoño de 1441 fué tomada por asalto la ciudad de Pontoise, con cuya conquista se completó la expulsión de los ingleses de la Isla de Francia, la provincia que tenía por capital a París, donde fué re-

cibido con júbilo el rey vencedor. En los años siguientes los franceses continuaron alcanzando una ventaja tras otra, y cada año se fué sintiendo en Inglaterra más imperiosamente la necesidad de la paz y la inutilidad de continuar una guerra que ya a nada podía conducir. En el año 1444 pusieron de acuerdo ambos beligerantes en Tours sobre una tregua de dos años, que fué el comienzo de un cambio total de la política de Inglaterra, cambio vigorosamente favorecido por el casamiento del conde de Suffolk, Guillermo de la Pole, el más influyente de los consejeros del joven rey Enrique VI, con la joven y bella Margarita, hija del duque Renato de Bar, rey titular de Jerusalén y Sicilia. A favor de la tregua el mismo rey Carlos VII acompañó a la princesa a su nueva patria, lo cual aumentó grandemente la influencia del parti-

do de la paz y luego de la alianza francesa; y a favor de la misma tregua pudo Carlos VII realizar las innovaciones militares que tenía proyectadas. Queriendo de todos modos desembarazar el país de las compañías de soldadesca mercenaria, las envió al emperador Federico III para que las empleara contra los suizos; pero una pequeña partida de éstos hizo una resistencia tan desesperada cerca de San Jacobo a orillas del Birs, no lejos de Basilea, el 26 de agosto de 1444, que las compañías retrocedieron con grandísimas pérdidas. Después, en la retirada fueron atacadas victoriosamente por los aldeanos, los cuales, para defender sus hoga-

res y familias, se alzaron en armas cuando una parte de aquellas bandas intentó penetrar en territorio alemán, mientras un ejército del imperio acudía a defenderlo también por su lado. Los demás regresaron a Francia.

Carlos VII viéndose otra vez con aquellas bandas de tropa ingobernable, encargó a los jefes más distinguidos y de más confianza que había tomado a su servicio, que eligieran los individuos más útiles entre los aventureros y formaran con ellos 15 compañías de tropa real, cada una compuesta de cien lanzas y subdividida en escuadras de seis jinetes protegidos por suficiente número de arqueros. Estas compañías



Campamento delante de una gran ciudad y bombardeo de ésta; a la izquierda un mortero. Miniatura del manuscrito Froissart, en la biblioteca municipal de Breslau.

fueron obligadas a jurar fidelidad al rey, a cuyo sueldo estaban, y el cual las distribuyó y acantonó divididas en partidas pequeñas en otros tantos puntos del reino, donde se les impuso una rigurosa disciplina, y se las sujetó a ejercicios continuos y a revistas frecuentes. Los individuos que no fueron admitidos en las compañías reales fueron amnistiados de las maldades y transgresiones cometidas y enviados a su respectivo país. Resistencia no hubo en ninguna parte.

De esta manera adquirió el reino de Francia su primer ejército permanente, y los 8,000 hombres de las compañías reales fueron una base muy respetable para imponer la ley a la oposición feudal y servir de núcleo después a la fuerza armada nacional. Los nobles, en particular los de categoría inferior, olvidaron muy pronto sus preocupaciones de clase y se dieron por muy contentos con servir en el nuevo ejército en clase de oficiales y jefes, en cuyos puestos la nobleza encontró un campo nuevo para su actividad, conforme a

su misión tradicional, haciéndose útil y pudiendo recoger fama y gloria sirviendo al soberano y al país. Además este ejército permanente podía servir de eje firmísimo a los contingentes y milicias feudales que en caso de guerra fuera necesario convocar, mientras se iba creando gradualmente un ejército verdaderamente nacional con individuos de las clases media y rural. De éstas los representantes del gobierno eligieron en cada distrito cierto número de hombres aptos para las armas que fueron instruidos y ejercitados especialmente en el manejo del arco, y que cobraban sueldo durante la guerra y disfrutaban exención de impuestos durante la paz por todo el tiempo del servicio. Por esta razón se les llamó arqueros francos. Tampoco descuidó Carlos VII el desarrollo y fomento del arma de artillería, que en aquella época se fué generalizando y de la cual era jefe en Francia en el reinado de Carlos VII, Juan Bureau, el creador de la artillería francesa.

De todo esto se infiere que el rey, antes tan inepto y flojo, se había transformado por completo desde que se hallaba bajo la influencia de varones patriotas y enérgicos, y había llegado a ser lo que Juana de Arc había creído encontrar en él en sus ensueños extáticos, á saber: la personificación de la patria y de la monarquía francesa. El trono, salvado milagrosamente, había salvado á la patria. Esto decidió el resultado final de la guerra con Inglaterra, cuyas fuerzas se encontraron paralizadas por dificultades interiores, precursoras del castigo terrible que aguardaba al pueblo inglés por su complicidad en la usurpacion del trono llevada á cabo por los Lancáster.

Cuando volvió á estallar la guerra despues de haber concluido definitivamente la tregua, prorogada diferentes veces, los franceses, que habían recobrado sus cualidades militares, obtuvieron ventajas sobre ventajas. En 1449 conquistaron



Lucha con mazas de combate en un puente.

Miniatura de la traducción del Valerio Máximo hecha por Simon de Hesdin y Nicolás de Gonesse. Manuscrito de la segunda mitad del siglo XV (biblioteca municipal de Breslau).

la Normandía, que en 1452 fué incorporada permanentemente al reino. En los cuatro años siguientes fueron sometidas la Guena y la Gascuña, á pesar de la resistencia del valiente Talbot, que murió en 1453 en la batalla de Chatillon. Con él perdió la Inglaterra el último gran capitán que le había quedado. De todas las conquistas en el continente solo quedó en poder de los ingleses Calais; todas las demás comarcas francesas estaban reunidas bajo el cetro de un mismo soberano, que supo ganar el afecto de todos sus súbditos con su política prudente y benévola; y finalmente se extinguió la guerra, despues de haber durado mas de un siglo, sin haberse pactado formalmente la paz, porque Inglaterra no se vió ya en estado de continuar la lucha.

Veinte años habían pasado desde la aparición de Juana de Arc cuando la independencia nacional de Francia, iniciada por ella, quedó realizada; lo que ella había sentido y oído en sus visiones era un hecho positivo: los ingleses habían sido expulsados del suelo francés; y despues fué también rehabilitada la fama de la profetisa y glorificada su memoria cuando las pasiones de partido, que en vida de aquella mujer tenían enturbiado y prevenido contra ella el buen criterio de los franceses, se habían evaporado y todos los franceses se habían reunido bajo el pendon de la patria comun. El derecho de Carlos VII había salido triunfante,

y los hombres que en su corte privaron y habían intrigado contra la heroína, habían quedado deshonrados ó habían perecido miserablemente. Toda la Francia, el rey y el pueblo comprendieron la magnitud de la horrible ingratitud de que se habían hecho culpables respecto de la infortunada y generosa doncella, y la afrentosa mancha que la sentencia de Ruan y el martirio de la víctima habían impreso al reinado de Carlos VII. Comprendieron el rey y todos los patriotas que era preciso restablecer la fama de Juana de Arc, aunque no fuese sino para que los enemigos del rey no dijese que éste debía la corona á una impostora ó á una bruja. No faltaron, sin embargo, entonces personas que para no reconocer el mérito de Juana de Arc, atribuyeron la transformación del rey y todas sus consecuencias benéficas á la querida de Carlos VII, Inés Sorel, á quien en 1443 (1) introdujo en la corte Pedro de Brezé á fin de cobrar por su medio el ambicionado ascendente sobre el rey; pero la verdad es que cuando la Sorel llegó á la corte se había verificado ya todo lo bueno que se le ha querido atribuir. Por otra parte, la familia, y muy especialmente la madre de Juana de Arc, trabajó para restablecer el honor de la doncella, pero solo consiguieron su objeto cuando acudieron á su auxilio la conciencia de la nación y el interés político del rey. Entonces, en el año 1452, se solicitó del papa Nicolás V que hiciera revisar la causa de Juana de Arc; el Papa se negó á ello; pero su sucesor Calixto III accedió y nombró al efecto una comision especial, que reunió cuidadosamente todo el material y examinó minuciosamente todas las actas y testimonios; y entonces se descubrió con terrible evidencia la iniquidad de Cauchon y de sus secuaces, y se hicieron patentes las omisiones, tergiversaciones y falsificaciones de los protocolos, el ningun caso que se había hecho de la apelacion de Juana al Papa, y la perfidia con la cual se había empujado á la desventurada jóven á la reincidencia. El resultado fué que la Iglesia anuló en el mes de julio de 1456 el fallo pronunciado por el tribunal eclesiástico de Ruan por estar basado en declaraciones arrancadas á la fuerza, invertidas y falsificadas, y haber sido ejecutado sin atender á la apelacion de la acusada al Papa. En su virtud fué restablecida la buena fama de la víctima y lavada su familia de toda mancha. El clero francés, en procesion solemne, se dirigió al sitio donde el cuerpo de la doncella había sido reducido á cenizas, y allí erigió en expiacion de su injusticia y en memoria de la víctima una cruz.

Expiada la injusticia, restablecido el honor de la salvadora de Francia y libre de toda mancha la corona de Carlos VII, pudo el pueblo francés honrar agradecido y sin escrúpulo la memoria de Juana de Arc.

#### CAPITULO V

CAMBIOS OCURRIDOS EN LOS PAÍSES DEL NORTE Y ESTE  
HASTA MEDIADOS DEL SIGLO XV

(1397-1456)

En tiempo de Wenceslao, cuando este rey con su indolencia, debilidad é inactividad, aceleraba la desmembracion del imperio aleman, destrozado por innumerables guerras interiores, muchos alemanes dirigian sus miradas con cierta envidia al imperio bien organizado y floreciente atravesado por el Vístula y el Memel, es decir, á los Estados de la órden teutónica, á cuya cabeza estaba entonces Vinrico de Kniprode. Su creacion, el imperio temporal de la órden en el Nordeste de Alemania, representa la manifestacion mas

(1) *Histoire de Charles VII*, por Beaucourt,

grande y postrera de la vitalidad de la raza alemana en su lucha secular con el elemento eslavo. La caída de esta creacion política fué acelerada por la descomposicion del imperio aleman, en el cual se apoyaba y al cual servia de baluarte contra la Polonia y los otros pueblos eslavos vecinos. Contra este modesto imperio de la órden dirigió su formidable ataque el Norte escandinavo, reunido bajo un cetro único por el pacto de Calmar á consecuencia del movimiento nacional que se manifestó en aquellos pueblos á fines del siglo XIV, mientras por el Este atacaban á Alemania los polacos en union con otros pequeños pueblos eslavos. Los escandinavos se apoderaron de la isla de Gotland, desde la cual la órden había dominado el Báltico, con cuyo dominio había llegado á ser la primera potencia del Norte. La batalla de Tannenberg quitó á la órden su posicion dominante del Nordeste y la entregó á los polacos, que llegaron á ser vecinos inmediatos de Pomerania y de la Marca de Brandeburgo. Esta pérdida territorial fué la mas sensible que el imperio experimentó en aquella época y cuyas consecuencias está sufriendo todavía. Así como la batalla de Azincourt destruyó la importancia militar de la nobleza feudal en Francia, y los ejércitos husitas la desacreditaron en Bohemia y en los países alemanes vecinos, del mismo modo acabó con ella en el Nordeste de Alemania la batalla de Tannenberg; bien que en este último caso el desastre militar fué la consecuencia de una descomposicion lenta y constante impulsada por una corriente social y un cambio lento de la situacion política.

Desde que la conversion de Yagelon y de su pueblo al cristianismo y su elevacion al trono de Polonia habían quitado á la órden teutónica el derecho de hacer en el país de los lituanos aquellas batidas feroces que desde largos años constituían sus principales hazañas guerreras, se manifestaron cada día mas los defectos y vicios de esta corporacion caballeresca. Desde que los nobles alemanes se habían acostumbrado á colocar á sus hijos segundones en la órden teutónica para darles buena carrera y participacion en el dominio, en las riquezas y en la vida regalada de la poderosa y opulenta órden, se habían aumentado constantemente las quejas de los súbditos, motivadas por la opresion y los atropellos brutales de los caballeros. Hasta la nobleza territorial de los dominios de la órden había formado en el año 1397 en Rheden la liga llamada de los Lagartos, para su defensa comun. Las ciudades apoyadas en la poderosa liga anséatica estaban descontentas de la competencia que hacia á su comercio la órden con sus empresas y especulaciones mercantiles en grande escala, y en semejantes condiciones era muy natural que la órden sucumbiera ante el primer ataque enérgico que pusiera á prueba su fuerza militar.

Antiguísimo era el antagonismo entre los polacos y los alemanes; para aquellos jamás habían sido éstos mas que unos salteadores extranjeros. Por otra parte, la órden con sus conquistas territoriales había quitado á los polacos la comunicacion con el mar, comunicacion para ellos de importancia tan grande que no reparaban en sacrificios para recuperarla. Era además de absoluta necesidad para la órden, desde la reunion de la Lituania á la Polonia, tener completamente asegurada la comunicacion con Alemania, á cuyo fin tenia que defender con todas sus fuerzas su dominio sobre la Marca Nueva y los pasos del Netze cerca de Driesen, de los cuales los polacos tenían tambien el mayor interés en apoderarse. La posesion de estos territorios fué el motivo de la renovacion de la lucha entre las dos potencias. El rey Segismundo trató de impedir la guerra con su mediacion y sus artes diplomáticas, pues como rey de Hungría no le convenia que la Polonia aumentara su poder, y por otra parte

no queria enemistarse con esta potencia vecina de Hungría, donde el trono de Segismundo no estaba del todo seguro. A esto se agregó una sublevacion de los samaitas contra la órden, apoyados abiertamente por la Lituania y la Polonia, y el resultado fué que en el año 1409 estaba todo el Nordeste resonando en preparativos bélicos, que pronto dieron lugar á choques. Segismundo logró detener el movimiento imponiendo su arbitraje á la órden como emperador del sacro imperio, pero los polacos ningun caso hicieron del tal arbitraje, y en la primavera del año 1410 un ejército formidable polaco-lituano reforzado con bandas rusas, tártaras y otras hordas bárbaras y con tropas mercenarias checas, bajo el mando del rey Uladislao II, se dirigió á la frontera meridional del territorio de la órden teutónica. Su gran maestro Ulrico de Jungingen, auxiliado por los grandes dignatarios de la órden, esperó con su ejército al enemigo en la comarca de Thorn. Componiase este ejército de los caballeros de la órden, de gran número de soldados mercenarios y de contingentes de la nobleza territorial, que si bien debía á la órden vasallaje, simpatizaba en secreto con los polacos, cuyo triunfo podia mejorar su situacion. Además el gran maestro esperaba refuerzos del imperio aleman, y se había provisto de artillería, por lo cual aguardó el ataque del enemigo con gran confianza y seguridad. Segismundo interpuso otra vez su mediacion y detuvo por un cortísimo tiempo á los dos beligerantes, pero á principios de junio el ejército polaco-lituano atravesó la frontera entre Lautenburg y Soldau con la intencion al parecer de dejar al ejército de la órden á la izquierda y marchar directamente sobre Marienburg, la fortaleza principal de la órden. Terriblemente asolaron el país las hordas bárbaras que se habían agregado á la hueste polaca; la pequeña ciudad de Gilgenburgo fué entrada á saco y devastada. Al saber esto el gran maestro acudió con su ejército, y despues de una marcha forzada durante la noche del 14 al 15 de junio de 1410, en medio de una tempestad deshecha, se presentó por la mañana de este último día delante del enemigo, mucho mas numeroso, que acampaba en lo alto de una loma prolongada en las inmediaciones de la aldea de Tannenberg, entre Gilgenburgo y Hohensstein. Ulrico de Jungingen formó su gente en órden de batalla, pero nadie se movió en el campamento polaco. Uladislao queria al parecer evitar la batalla; mas cediendo á las vivas instancias de los magnates polacos y de su belicoso primo Witoldo, dió órden á su hueste de formarse para combatir. El jefe militar de la órden, ó sea el mariscal, envió al rey de Polonia un reto en toda forma, y pasado el mediodía empezó la batalla, mientras Uladislao oraba prosternado ante el altar de su capilla de campaña. En una pequeña hondonada entre las dos posiciones tuvo efecto el choque de los ejércitos: los polacos cedieron; los caballeros teutones derrotaron el ala izquierda, formada por los lituanos, los cuales huyeron y fueron perseguidos tan imprudentemente por los caballeros, que una parte de la hueste polaca pudo arrojar sobre el resto del ejército teutónico, ocupando al propio tiempo el puesto que habían dejado libre los perseguidores de los lituanos. Así, cuando aquellos caballeros volvieron de la persecucion encontraron á los suyos en plena derrota sin poderles ayudar, porque ellos mismos se veían atacados por fuerzas superiores por la espalda y el flanco. En tan crítica situacion, el gran maestro con las fuerzas mas escogidas que tuvo á su alrededor se arrojó sobre el enemigo y se abrió camino hasta cerca del rey y de su séquito y guardia. Un caballero teutónico iba á derribar al rey de una lanzada cuando un polaco paró con gran destreza y prontitud el golpe, y entonces entablóse una terrible pelea cuerpo á cuerpo en la cual perecieron el gran maestro y los que estaban con él.